

## NOTA A LOS TEXTOS

La mayoría de los ensayos recogidos en este volumen han sido escritos y publicados entre 1973 y 1996; el capítulo 3, el 10 y las conclusiones finales son inéditos. No obstante, pertenecen todos al desarrollo unitario de una investigación que aspira a definir los caracteres esenciales del fascismo y han confluído aquí, diría espontáneamente, por su propia exigencia de reunirse y formar un conjunto orgánico.

Capítulo 1: «Il fascismo in Italia», en *Piccola Treccani. Dizionario enciclopedico*, vol. IV, Istituto della Enciclopedia Italiana, Roma, 1995.

Capítulo 2: «Fascismo», en *Enciclopedia Italiana di scienze, lettere e arti. 1979-1992*, V Apéndice, Istituto della Enciclopedia Italiana, Roma, 1992.

Capítulo 4: «Alcune consideración sull'ideologia fascista», en *Storia contemporanea*, 1, 1974, pp. 115-125.

Capítulo 5: «Il fascismo fu una rivoluzione?», en *Prospettive Settanta*, octubre-diciembre, 1979, pp. 580-596.

Capítulo 6: «Il mito di Mussolini», en *Mondo operaio*, julio-agosto 1983, pp. 113-128.

Capítulo 7: «Partito, Stato e Duce nella mitologia e nella organizzazione del fascismo», en K. D. Bracher y L. Valiani (dirs.), *Fascismo e nazionalsocialismo* (actas de la semana de estudio del Istituto Storico Italo-Germanico di Trento, 10-14 septiembre 1984), Il Mulino, Bolonia, 1986, pp. 265-294, después publicado en E. Gentile, *La via italiana al totalitarismo. Il partito e lo Stato nel regime fascista*, Carocci, Roma, 2001 (I. Ed. Nis, Roma, 1995).

Capítulo 8: «Le rôle du parti dans le laboratoire totalitaire», en *Annales. Économies, Sociétés Civilisations*, 3, 1988, pp. 567-591 (posteriormente publicado en E. Gentile, *La via italiana al totalitarismo. Il partito e lo Stato nel regime fascista*, cit.).

Capítulo 9: «Fascism as Political Religion», en *Journal of Contemporary History*, mayo-junio, 1990, pp. 229-251.

Capítulo 11: «La modernità totalitaria», nueva introducción a la nueva edición del volumen, *Le origini dell'ideologia fascista*, Il Mulino, Bolonia, 1996, pp. 3-49 (del texto se eliminaron las partes que se referían directamente al caso particular de aquel volumen y de su contenido, o que trataban temas y problemas que han sido más ampliamente tratados en otros capítulos de este libro).

Los dos primeros capítulos han sido notablemente ampliados respecto al texto original. Los capítulos de la segunda parte, del cuarto al noveno, han sido reeditados sin ninguna modificación salvo alguna precisión ocasional y la corrección de algunas erratas. Donde ha sido necesario se han eliminado algunas repeticiones. Sin embargo, se han dejado aquellas que no podían ser suprimidas sin alterar el sentido del texto o producir una laguna en el desarrollo del tema. Conservando sustancialmente inalterado el contenido original (incluidas las referencias bibliográficas coevas), estos capítulos pretenden ser un documento fiel —como los cuadros de una exposición retrospectiva— tanto de las diversas fases de investigación cumplidas por el autor, a menudo explorando territorios ignorados, poco trabajados o incluso desaconsejables, como de los resultados que ha ido progresivamente recogiendo en la elaboración de su interpretación del fascismo. Además, la conservación del texto original, teniendo presente la fecha de publicación, casi siempre posterior en algún que otro año respecto a la escritura del texto, consentirá al lector valorar cuál ha sido la contribución original que ha dado el autor en el

curso de los últimos decenios al progreso de la historiografía y de la interpretación del fascismo, estudiando temas y proponiendo ideas que, al principio, fueron acogidos, unos y otras, con difidencia e incluso con hostilidad para ser después convertidos, en años más recientes, en parte de un común patrimonio historiográfico ampliamente utilizado por los estudiosos e, incluso, por algunos detractores de antaño. A la consideración apenas expuesta es ajena cualquier entonación de vanidad tratándose simplemente, para el autor, de la constatación de haber hecho un trabajo útil y proficuo que quizá no será rápidamente disuelto por el voracísimo olvido del tiempo.

Para el desarrollo de las investigaciones de las que han surgido estos artículos y los volúmenes en los que la mayor parte de ellos se ha posteriormente publicado, el autor ha podido disfrutar de financiamientos ministeriales para la Universidad que han sido un auxilio precioso, junto a archivos, bibliotecas, colaboraciones, y amistades, que sería largo enumerar a pesar de que todos, personas e instituciones, están presentes en el recuerdo de la gratitud. La cual va dirigida también, naturalmente, a los editores originales de los ensayos, por haberlos acogido en el pasado y por haber consentido ahora la publicación de este libro.



## INTRODUCCIÓN

### ¿HA EXISTIDO EL FASCISMO?

Quizá el fascismo no ha existido nunca.

Anónimo del siglo XXI

La historia del fascismo es una historia extraña y singular.

Noventa años después de su aparición en la Historia y tras más de medio siglo de su caída como protagonista de la actualidad política, el fascismo aún parece ser un objeto misterioso e huidizo del intento de una clara y racional definición histórica a pesar de las decenas de miles de libros, artículos y debates dedicados a este movimiento político del siglo XX.

Extraña y singular es también la historia de las interpretaciones del fascismo. De hecho, éstas oscilan entre visiones opuestas e inconciliables entre sí hasta tal punto que podríamos considerar vana la esperanza de llegar algún día a definir la naturaleza del fascismo en términos ampliamente compartidos. «A finales del siglo XX —escribía en 1995 Stanley G. Payne, uno de los mayores estudiosos del fenómeno fascista— *fascismo* es quizá el más vago entre los términos políticos más importantes»<sup>1</sup>.

Mussolini y el Partido Fascista conquistaron el poder con la «marcha sobre Roma» el 28 de octubre de 1922; ochenta años después todavía se

<sup>1</sup> S. G. Payne, *A History of Fascism 1914-1945*, Madison (WI), 1995. (ed. cast.: *El fascismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2001).

siguen debatiendo acaloradamente cuestiones que atañen a la naturaleza del fascismo y a su significado en la Historia Contemporánea: si fue éste un movimiento autónomo o un instrumento de otras fuerzas, si tuvo una ideología y una cultura, si fue moderno o antimoderno, revolucionario o reaccionario, autoritario o totalitario. No hay acuerdo siquiera en la delimitación de sus coordenadas geográfico-temporales: se discute incluso sobre dónde y cómo nació, si fue un hecho exclusivamente italiano o universal; si se debe hablar de «fascismo», es decir de un único fenómeno con tantas variantes como ramas de un mismo árbol, o mejor de «fascismos» como de árboles diferentes con algunas características en común; si ha habido una «época del fascismo» cronológicamente definida o, en cambio, si hay un «fascismo eterno» cuyas huellas podrían remontarse hasta Caín y que todavía hoy se cierne sobre la existencia humana como un peligro inminente y real.

Alrededor del fascismo, en definitiva, se ha formado una especie de «disputa homérica», expresión con la que se suele definir «el conjunto de los problemas que atañen a la existencia histórica de Homero». Como para el poeta griego, también para el fascismo no sólo existen pareceres contrapuestos sobre el lugar y la fecha de nacimiento sino que, además, se pone en duda su propia existencia. Ésta viene de hecho rebatida por quienes afirman que el fascismo no ha sido un movimiento político autónomo con una ideología, una cultura y un sistema político propios como el liberalismo o el comunismo mas sólo un *epifenómeno*, es decir, la secreción contingente y extrema de otros fenómenos tales como la reacción antiproletaria de la burguesía, la enfermedad moral de la conciencia europea, la degeneración patológica de la sociedad de masas o la explosión de defectos seculares de pueblos aún inmaduros para la democracia liberal. Bajo este punto de vista, el fascismo, en consecuencia, sería una total negatividad histórica y, por tanto, desprovisto de una realidad autónoma propia y específica que pueda ser definida conceptualmente. Algún estudioso ha propuesto relegar de la comunidad científica el concepto de «fascismo» ya que no tiene un significado preciso correspondiente a un fenómeno histórico real. Con el mismo argumento, otros estudiosos han propuesto la adopción de la misma medida con el concepto de «totalitarismo».

El deseo de desterrar ambos términos, «totalitarismo» y «fascismo», de la comunidad científica no es casual. De hecho, el concepto de «totalitarismo» nació históricamente al día siguiente de la «marcha sobre Roma» en simbiosis con y en referencia al fascismo, pues los términos «totalitario» y «totalitarismo» fueron inventados por los antifascistas para definir la vocación dictatorial e integrista del Partido Fascista y el sistema de dominio terrorista y demagógico que puso en práctica inmediatamente después de su llegada al poder para afirmar su predominio absoluto. Con este significado, «totalita-

rismo» fue por tanto aplicado por los antifascistas antes que por los propios fascistas para definir el régimen fascista. En contra de esta interpretación y basándose en sucesivas teorías del totalitarismo construidas por algunos politólogos, exclusivamente sobre el modelo del nazismo o del estalinismo, ha sido perentoriamente sentenciado que el totalitarismo fascista no ha existido jamás. E incluso más drásticamente, hay quien ha llegado a afirmar que históricamente no ha existido ningún totalitarismo. No se podría excluir, si se difundiese esta tendencia, que en un futuro próximo oyéramos afirmar a algún historiador o politólogo revisionista, posmoderno o deconstructivista que ni siquiera el fascismo ha existido nunca.

La hipótesis hasta ahora enunciada es sólo aparentemente paradójica. En efecto, parece ya encaminada a concretarse en el caso del fascismo italiano. Respecto a este último, hace ya tiempo que asistimos a una tendencia a la «desfascistización»\* retroactiva: ésta consiste en privar al fascismo de los atributos que le fueron propios y que caracterizaron su individualidad histórica. La «desfascistización» del fascismo se manifiesta de varias maneras: negando, por ejemplo, que haya existido una ideología, una cultura y una clase dirigente fascistas, una adhesión de masas al fascismo, un totalitarismo fascista y hasta un régimen fascista. Se afirma, incluso, que el régimen de Mussolini no fue verdaderamente fascista sino «semifascista». De esta tendencia a la «desfascistización» aflora una representación como mínimo indulgente, si no benévola, de esta experiencia: parece ser una vicisitud más cómica que trágica, una especie de farsa histriónica de simulación colectiva representada por los italianos durante veinte años bajo una dictadura personal, superficialmente autoritaria, que a fin de cuentas no causó gran daño a Italia hasta que no fue pervertida por la Alemania nazi que le inculcó el racismo y el antisemitismo, y la condujo por el camino de la perdición.

La fórmula más extendida de «desfascistización» se manifiesta con la reducción del fascismo a *mussolinismo*, es decir, al caso político del Duce. A ella se suma la tendencia de los propios fascistas a «vaciar» de contenido el fascismo sosteniendo que la mayor parte de aquellos que se afiliaron al Partido Fascista y se declararon públicamente fascistas, ocuparon puestos de poder y de prestigio en las instituciones políticas, culturales y económicas del régimen, no eran en realidad *verdaderamente* fascistas, como no lo era la masa de los italianos que abarrotaban las plazas para aclamar al Duce y sus

\* N. de la T.: En el original *desfascistizzazione*. El término no existe ni en italiano ni en castellano pero en la comunidad científica se utiliza «fascistización» para definir «el proceso de conversión al fascismo de cada una de las instituciones del Estado italiano y de sus individuos» y «desfascistización» para aludir al proceso contrario, evitando así un circunloquio constante. En adelante, siempre entre comillas.

gestas. Según esta tendencia no fueron *verdaderamente* fascistas ni siquiera Giuseppe Bottai, Dino Grandi, Luigi Federzoni, Alberto De Stefani, o sea, aquellas personalidades que estuvieron en la cúspide del régimen fascista desde el principio y hasta el fin, y que siempre públicamente profesaron su fe en el fascismo y en su Duce. Estos protagonistas del régimen fascista, junto a numerosos colectivos de técnicos, de intelectuales, de jóvenes universitarios que igualmente profesaron su fe en el fascismo y en el Duce, y participaron activamente en la vida y política del régimen, a menudo son ahora definidos como «disidentes», «desobedientes», «críticos», «liberales», si no nada menos que acérrimos adversarios del fascismo.

El autor de este libro no comparte las interpretaciones que niegan al fenómeno fascista una individualidad propia y considera que la tendencia a la «desfascistización» en todas sus manifestaciones es una falsificación de la realidad histórica. Con su labor historiográfica ha pretendido restituir al fascismo su individualidad, representándolo, sin demonizaciones ni indulgencias, por aquello que ha sido históricamente: un fenómeno político moderno, nacionalista, revolucionario, totalitario, racista e imperialista decidido a destruir la civilización democrática y liberal, proponiéndose como una alternativa radical a los principios de libertad y de igualdad concretados en el proceso histórico de afirmación de los derechos del hombre y del ciudadano, iniciado con la Ilustración y con las revoluciones democráticas de finales del siglo XVIII.

El libro se compone de dos partes diferenciadas pero complementarias. La primera es una introducción a la historia e interpretación del fascismo. El primer capítulo traza un conciso perfil histórico del fascismo italiano de 1919 a 1945. En el segundo quedan ilustradas sintéticamente las principales interpretaciones acerca del fenómeno elaboradas a lo largo del siglo XX, donde por «fenómeno fascista» se entiende la totalidad de los movimientos y regímenes surgidos después de la afirmación del fascismo en Italia, en ocasiones definidos «fascismos». El objetivo de estos dos primeros capítulos es dotar a los lectores no especializados de un conjunto de informaciones esenciales sobre la historia y las interpretaciones de un fenómeno histórico que ocupa, todavía hoy, el centro de polémicas, de investigaciones, de debates que se reabren periódicamente bajo apariencias renovadas o fingidas, como un espectro amenazante. En el tercer capítulo, conclusión a la primera parte, el autor propone su definición del fascismo articulada en una triple dimensión: organizativa, cultural e institucional.

En la segunda parte quedan recogidos, como cuadros de una exposición retrospectiva cronológicamente ordenada, los principales ensayos en los que el autor ha asentado los fundamentos de su interpretación del fascismo.



Ojeando el índice de este volumen el lector puede fácilmente constatar que los argumentos tratados en estos capítulos atienden temas y problemas fundamentales para definir la naturaleza y el significado del fascismo. El cuarto capítulo, inicio de la segunda parte, reconoce la existencia de una ideología fascista y describe sus caracteres originales, entre los que destaca la concepción del Estado totalitario. En el quinto se explica en qué sentido es legítimo definir históricamente el fascismo como un fenómeno revolucionario, precisando las características peculiares en comparación con otros fenómenos del mismo signo. Los capítulos sexto, séptimo y octavo se ocupan del mito de Mussolini y de las relaciones entre el Duce y el fascismo, partido y régimen, demostrando que históricamente es infundada la reducción del fascismo al *mussolinismo*. En ellos se examinan, además, los aspectos organizativos e institucionales del régimen fascista y se analiza en particular el papel del Partido Fascista en el origen y en la ejecución del experimento totalitario. La religión política se encuentra presente entre las características originales y esenciales del totalitarismo desde los orígenes del fascismo italiano: y precisamente por esto, al análisis del universo de los mitos, de los ritos y de los símbolos de la religión fascista está dedicado el capítulo noveno, donde el fascismo italiano es entendido como una de las principales manifestaciones del fenómeno moderno de la *sacralización de la política*. Moderno es también el mito del «hombre nuevo», central en la política totalitaria como demuestra el capítulo décimo. Mientras el undécimo se ocupa del problema de las conexiones entre el fascismo y la modernidad y del análisis del fascismo como *modernismo político* que pretende oponer a la modernidad racionalista, liberal y democrática una propia *modernidad antagónica*, nacionalista y totalitaria fundada en la militarización y la sacralización de la política y en la total subordinación del individuo al Estado. Aquí son retomados los temas tratados en los capítulos precedentes y reelaborados en una interpretación global del fenómeno fascista que puede ser sintetizada en esta concisa definición:

El fascismo es un fenómeno político moderno, nacionalista y revolucionario, antiliberal y antimarxista, organizado en un partido milicia, con una concepción totalitaria de la política y del Estado, con una ideología activista y antiteórica, con fundamento mítico, viril y antihedonista, sacralizada como religión laica que afirma la primacía absoluta de la nación a la que entiende como una comunidad orgánica étnicamente homogénea y jerárquicamente organizada en un Estado corporativo con una vocación belicista a favor de una política de grandeza, de poder y de conquista encaminada a la creación de un nuevo orden y de una nueva civilización.

Por encima de todo, esta definición extrae sus elementos constitutivos de la experiencia histórica del fascismo italiano. El fenómeno fascista ingresó por primera vez en la Historia con la llegada al poder del Partido Fascista, que dio vida a un régimen de partido único dominado por la figura del jefe y dirigido a la realización de un experimento totalitario definido según los principios, los valores, los mitos y los objetivos de una cultura política propia. Como tal, el fascismo italiano se convirtió en modelo para otros movimientos nacionalistas revolucionarios antidemocráticos —comenzando por el nacionalsocialismo— que siguieron sus pasos y aprovecharon su experiencia como partido y como régimen para crear, cada uno de ellos según sus propias peculiaridades nacionales e ideológicas, un nuevo Estado, un nuevo orden y un hombre nuevo.

El autor considera el fascismo «el camino italiano al totalitarismo». Y entiende por «totalitarismo», como ya se explica en la primera parte del libro, no sólo una nueva forma de régimen político surgido por primera vez tras la Gran Guerra, sino también un complejo proceso ideológico, cultural, organizativo e institucional que tuvo en el fascismo italiano una de sus primeras y originales manifestaciones.

Se ha escrito que el «crimen Matteotti» hizo posible los dos millones de muertos de Auschwitz, los seis millones de judíos asesinados. La conexión puede parecer exagerada pero en cualquier caso, es históricamente cierto que no fue la revolución bolchevique la que abrió en Europa Occidental la vía al totalitarismo sobre la que se encaminó el nacionalsocialismo; fueron la «marcha sobre Roma», la instauración del régimen fascista y el inicio de un experimento inédito de dominio político; todo esto ocurrió gracias a un impulso autónomo, innato a la naturaleza misma del fascismo y sucedió cuando incluso Mussolini afirmaba públicamente, a finales de 1921, que hablar de «peligro bolchevique» en Italia era una estupidez.

Éstas son las premisas en que se funda la interpretación del fascismo expuesta por el autor del libro, que combina, según el método de su trabajo historiográfico, la narración histórica con el análisis teórico. El lector que desee conocer los motivos, los documentos y los argumentos que han llevado al autor a formular esta interpretación deberá tener la paciencia de leer el resto del volumen. Y si después de haberlo leído, considera el libro un instrumento útil para conocer y comprender mejor la historia y la naturaleza del fascismo, esto alentará la esperanza del autor, quien ha superado hace algunos años la mitad de siglo, de no haber realizado un trabajo inútil al dedicar al estudio de este fenómeno casi tres décadas de su vida.